

Enrique Labrador Ruiz

Heine



US primeros poemas los escribió Enrique Heine a los 18 años bajo el pseudónimo de *Sy Freudhold Riesenharf*, anagrama de su nombre con la palabra Dusseldorf identificante de la ciudad donde había nacido. Quería huir de los enojosos preguntones; de los parientes tontos; de las viejas brujas. Era un tímido; un tímido que luego dejara desbordar todos los sonos de la lira desde los más ligeros cantos hasta las más profundas melodías hebraicas. Pero este hombre de dulce corazón, aunque acerado, fué por encima de todo un satírico, un ser que sabía dónde estaba el lado flaco del linaje humano. ¿Cómo pasó de una cosa a la otra? Eso es lo que intentamos desentrañar. Murió el 17 de febrero de 1856 —hace ahora un siglo— después de haber permanecido ocho años en “la tumba de lana”, herido de un incurable mal de la médula; después de haber luchado mucho más contra estrecheces y dificultades. Toda la existencia de Heine es eso: el obstáculo, los valladares infinitos (económicos, literarios, religiosos), pero siempre con una piedad dura hacia la vida; altiva, meritoria piedad, porque hay otra blandengue y triste que no vale nada. ¿Qué sustrajo él a los hechos? Ni siquiera su sombra. Si ellos le obligan a sacrificios, a violencias, Heine siempre les devolverá esas actitudes lastimosas con sornas amargas; no vas a cambiar de ningún modo, pase lo que pase

y así la vida tendrá esa parte de molestia acre que él repele. El que había sido en su juventud “el poeta de las muchachas” encontró su molde verdadero en la prosa y a la prosa dió logros mayores, plenitud total.

Cercano a la hora de su muerte, dijo Heine que Dios le perdonaría porque ese era su oficio. Habiendo nacido judío, para doctorarse y hacerse profesor de Universidad, decidió convertirse con gran escándalo por parte de los suyos. El luteranismo no fué en él, sin embargo, nada profundo. Recoge Israel Zangwill precisamente en *Soñadores del Ghetto* este treno del poeta moribundo: “Yo nací bajo la horrenda conjunción de los fanatismos cristiano y judío, en la *Judenstrasse*. En mi cuna estaba señalada mi línea de vida del comienzo al fin. ¡Dios mío, qué vida!” Y adelante: “En Frankfort, durante siglos, los rabís más venerados tenían que descubrirse si el más pequeño pilluelo gritaba: *Jud' mach mores!* Yo he estado encerrado en ese ghetto y he presenciado motines judíos más de una vez en Hamburgo. ¡Ah, el judaísmo no es una religión, sino una desgracia!... Una fe de bautismo era una tarjeta necesaria para ser admitido en la cultura europea. Ni mi madre ni mi tío “Talega” simpatizaron con mi repugnancia de pasar a través de agua bendita para obtener mi grado de doctor”. En otra parte clamará: “Jamás volví al judaísmo porque nunca lo dejé. Mi bautismo fué una simple mojadura”.

Este tío “Talega” es Salomón Heine, próspero banquero que quiso encaminarle en negocios de su firma. No pudo. Le abrió tienda aparte andando el tiempo: el poeta desertó. De él solía decir con aristofanesca cautela: “Mi madre ha leído buena literatura y yo he llegado a ser poeta; la madre de mi tío ha leído *El bandido Cartouche*, y mi tío se ha hecho millonario”. El humor de Heine se complacía en estos caracoleos pero estaba escondiendo algo.

En septiembre de 1885 daba a la luz en Nueva York el venezolano Pérez Bonalde su traducción de *El Cancionero* (“Das Buch Der Lieder”) dedicada al alimón a Edward Kemp, Esq., “mecenas generoso de esta obra”, y a don Marcelino Menéndez Pelayo, “literato,

poeta y humanista español". Fastenrath dice en el prólogo, datado en Colonia: "Los poetas de todas las naciones cultas han sentido una atracción misteriosa hacia los primeros acordes de la lira heiniana, hacia aquellas breves composiciones que parecen formadas de delicados rayos de grata luna, y de las que el autor en 1827 formó un tomo, que tituló *El Cancionero*. Entre los extranjeros que vistieron con sus rimas aquellos cantares nerviosos, palpitantes, llenos de suspiros y de lágrimas, mencionaremos al que fué catedrático de la Universidad de Padua, Bernardino Zendrini, el famoso traductor de todo el *Cancionero*; al vate de Liorna, José Chiarini, que tradujo al idioma del Petrarca muchísimas poesías de Heine, y al catedrático de Bolonia, Josue Carducci, que vistió a la italiana una docena de éstas. Teodoro Llorente puso en rima castellana algunas poesías del enamorado vate, y el inglés Jaime Clark vertió también al castellano algunos de aquellos cantos que tienen ojos de violeta... Lo mismo hizo el literato cubano don Francisco Sellén en su traducción del *Intermezzo* y don Manuel María Fernández en sus *Joyas Prusianas*. El 1.º de mayo de 1857 don Eulogio Florentino Sanz ofreció al público español algunas flores del hermoso ramillete de Heine... Y encontrándome hoy otra vez en la bellísima capital de Austria, y por casualidad en casa de un sobrino del gran poeta, el Barón de Heine-Geldern, recibí la sorpresa más grata, un homenaje de admiración y de cariño tributado al genio de mi patria, al genio de Heine, por un inspirado poeta venezolano; las pruebas de una magnífica, de una excelente traducción castellana de todo el *Cancionero*, constante de las *Cuitas Juveniles* ("Junge Leiden"), los *Sueños* ("Traumbilder"), las *Canciones* ("Lieder"), las *Baladas* ("Romanzen"), los *Sonetos*, *El Intermezzo lírico*, *El regreso* ("Heimkehr"), en un hermoso volumen".

Abramos ese hermoso volumen, viejo de tiempo y de polillas, pero muy querido. Vayamos a su página 80 donde hay una particular balada correspondiente a *Cuitas Juveniles*. Se llama "El Mensaje"; dice:

*¡Pronto, paje! Ensilla y monta
Mi más ligero corcel,
Y a través de selva y llano,
Vuela al Palacio del Rey.*

*Para en la cuadra, y pregunta
Al caballero fiel,
Cuál es la que hoy se desposa
De las dos hijas del Rey.*

*Si dijere: "La morena..."
Corre la nueva a traer!
Si "la rubia..." no hay apuro,
No corras; no hay para qué.*

*Mas, de paso, cuando vuelvas,
En la tienda te detén
Del cordelero, y callado
Cómprame y tráeme un cordel (*).*

Se na contado con bastantes detalles que el tío Salomón tenía una hija, rubia como un sol, compañera del poeta en sus días juveniles. Esta traviesa musa se lamentaba ya de que el primo Enrique no sentase cabeza, no fuese más juicioso, en tanto lo tenía loco de amor y de celos. ¿Su poesía? ¿Acaso la conoció? Y si la conoció ¿acaso la apreció? Perdidamente enamorado la subió a altares de sueño, pero ella acabó desposándose con un caballero de campanillas y el pobre Heine cae al borde de la desesperación. Jamás ha de olvidarla y aun dice en momentos de sinceridad "que la raíz de su vida está lastimada".

Cuando llegado a mayor edad se complacía en decir que nunca amó a mujer mortal, sólo a las estatuas y a las bellas y muertas mu-

(*) Como he observado cierta preferencia daré las otras dos versiones que conozco de *El Mensaje* una, del gran tradicionalista peruano Ricardo Palma; de Eulogio Florentino Sanz, muy fiel a Heine aunque aquí no tanto, la otra. Servirán para comparar. Véanse en la página siguiente, al final del artículo.

jeros de ensueño, desvanecidas con las nieves de antaño, ¿no estaba evocando a su prima Amalia? Amalia, la del jardín infantil, muerta para él, desvanecida...

Yo veo la lastimadura y el cordel que pide al cordelero. Veo su alma en tormento eterno y el torbellino de sarcasmos de que se arma para ocultarlo. Amó a Francia y odió a los alemanes. La niña Amalia siempre está en pie como el símbolo de una inconstancia, tal vez de una traición. Y ya se sabe, si esto ocurre dioses y demonios baten allí.

La Habana, 1956.

(PALMA)

*Pronto, escudero, el toldillo
apresta o el alazán,
y ve, volando, al castillo
del Rey Duncán.*

*Y que averigües te mando
por cuál de sus hijas, cuál,
hase hoy promulgado el bando
matrimonial.*

*Si es la novia la morena,
puedes reposar sin pena
hasta mañana muy bien;
más si es la rubia la amante,
torna brida en el instante
y aquí ven.*

*Y al volver, buen escudero,
tu corcel,
brioso detén primero
en casa del cordelero...
y tráeme, tráeme un cordel.*

(SANZ)

*Sus, servidor, y enjaeza,
más que a paso tu alazán;
y jarribal y por la maleza
galopa a la fortaleza
del Rey Cristián.*

*Y con maña te desliza
en la real caballeriza,
y sonsaca, por quien soy,
al palafrenero real;
cuál de las Princesas, cuál
se casa hoy.*

*Si fuese la rubia, al punto
ven de retorno y me avisa;
si la morena... el asunto
no corre prisa.*

*y en tal caso, lo primero
al maese cordelero
compra un cordel, al pasar;
monta luego en tu corcel,
y despacio sin chistar,
tráeme el cordel*